

RECIPROCIDAD

Serie Documentos Especiales - Cuadernos de Sexualidad
Viceministerio de la Juventud - Ministerio de Educación Nacional
Proyecto Nacional de Educación Sexual
Colombia, Julio de 1994

Luis Carlos Restrepo C.
Médico Psiquiatra

ÍNDICE

Prefacio	3
Sexualidad: tejido cultural	4
Azar y cultura	4
Abrirse al mundo	5
Con mi cuerpo me comunico	6
Recreando el goce compartido	7
Yo valgo por lo que soy, no por lo que tengo	8
Comparto emociones	8
Comparto capacidades y habilidades	9
Sexualidad y obscenidad	9
Erotismo y pornografía	9
Afán de obiedad	10
Pareja: tacto y sabiduría	11
Reciprocidad y género	11
¿Qué es una pareja?	11
De la vida de pareja a la experiencia de ser madres y padres	12
Qué comparten y qué no comparten las parejas	13
Construir pareja: esfuerzo de cada día	13
Amor y odio	14
Un lugar sagrado	15
El misterio de la pareja	16
Reciprocidad y medios de comunicación	17
Huésped permanente	17
Lo audiovisual y lo kinestésico	17
Proyectando carencias	18
El papel del contexto social	18
Vulnerabilidad cultural	19
Dictadura de la vista y el oído	20
Recuperación del olfato	21
La importancia del tacto	21
Sexualidad y sabiduría	22
Aprendiendo a oler	23
Glosario	24

RECIPROCIDAD

PREFACIO

Dar y recibir son los movimientos básicos de todo encuentro sexual y afectivo. Damos cariño, seguridad y confianza, recibiendo de los demás apoyo emocional y la posibilidad de compartir placer sexual y gratificación afectiva.

Es frecuente que esta capacidad de dar y recibir con generosidad sea aplastada en el niño o la niña a causa de las presiones sociales y familiares que, al violentarle e impedir la emergencia de su singularidad, le tornan desconfiado/a y resentido/a frente al mundo.

Hay momentos del desarrollo infantil, en especial cuando el niño o la niña se perfila como persona independiente, en que aparecen tendencias egoístas que la sociedad afianza al dar más importancia al hecho de tener y poseer que a la posibilidad de ser y expresarse en su plenitud afectiva y cultural. El egoísmo conduce a la miseria afectiva y al consumismo que, en el campo sexual, se expresa como una sexualidad funcionalizada.

Un proyecto de educación sexual debe tener presentes estos comportamientos y valores de la cultura sexual y afectiva de nuestro tiempo para modificarlos, promoviendo actitudes de respeto a la diferencia y de fomento a un encuentro tierno y respetuoso con las otras personas.

Es necesario encontrar momentos para cultivar la reciprocidad, las presiones sociales y laborales sobre padres y madres y maestras y maestros. Nuestro propio analfabetismo afectivo nos impide en ocasiones compartir con los niños y las niñas espacios para la exploración de los sueños y temores que en nuestra cultura rodean a la vida sexual y afectiva.

Hay que aprender a abrirse a los demás, fomentando actitudes cálidas y solidarias. En especial, es necesario fomentar desde temprano el respeto y cuidado por las diferencias entre niños y niñas, superando el machismo y la discriminación hacia la mujer que todavía priman en la vida cotidiana.

La reciprocidad es una fuerza que nos permite enfrentar las situaciones de crisis, impulsando el cambio desde una perspectiva lúdica que sabe integrar a los momentos difíciles de la vida las gratificaciones derivadas de la experiencia erótica.

Al permitirnos confrontar y enriquecer nuestra experiencia con las otras personas, la reciprocidad ayuda a fomentar sentimientos de confianza, autoestima y permanencia, que nos permitirán disfrutar de una vivencia plena de la salud sexual y reproductiva.

«Y entonces apareció el zorro.
“¡Buenos días!” dijo el zorro.
“¡Buenos días!” respondió cortésmente el principito, a la vez que se volvió, pero no vio a nadie.
“Estoy aquí”, dijo la voz, “al pie del manzano”.
“¿Quién eres?” dijo el principito. “Eres muy bonito...”
“Soy un zorro”.
“Ven a jugar conmigo”, le propuso el principito. “Me siento tan triste...”
“No puedo jugar contigo”, dijo el zorro. “No estoy domesticado”.
“¡Ah, perdón!” dijo el principito. Y añadió después de reflexionar: “¿Qué significa domesticar?”
“Tú no eres de aquí”, dijo el zorro. “¿Qué buscas?”
“Busco a los hombres”, dijo el principito. “Pero ¿qué significa domesticar?”
“Los hombres”, dijo el zorro “poseen rifles y cazan. Eso es muy molesto. También crían gallinas; esa es su principal preocupación. ¿Tú buscas gallinas?”
“No”, dijo el principito. “Busco amigos. Pero ¿qué significa domesticar?”
“Es algo que está muy olvidado”, dijo el zorro. “Significa crear lazos”.
“¿Crear lazos?”
“Seguro”, dijo el zorro. “Tú no eres para mí más que un chiquillo y no te necesito. Y tú tampoco me necesitas. Yo no soy para ti más que uno más entre mil zorros. Ahora bien, si tú me domesticaras, nos necesitaríamos el uno al otro. Tú serías para mí único en el mundo, como yo lo sería para ti”.
El zorro permaneció silencioso y miró por largo rato al principito.
“Doméstícame..., ¡por favor!” dijo el zorro.
“Quisiera hacerlo”, respondió el principito, “pero no dispongo de tiempo. Además, quiero buscarme amigos y conocer muchas cosas”.
“Sólo se conocen bien aquellas cosas que se domestican”, dijo el zorro. “Los hombres ya no tienen tiempo para conocer nada; compran las cosas ya hechas a los comerciantes; pero como no existe ningún comerciante de amigos, los hombres ya no tienen amigos. Si quieres tener un amigo, ¡doméstícame!”
“Y ¿qué hay que hacer?” dijo el principito.
“Hace falta ser muy paciente”, respondió el zorro. “Primero te sentarás en la hierba, un poco retirado de mí; yo te miraré de reojo y tú no dirás nada; las palabras son fuente de malentendidos. Pero cada día te podrás sentar un poco más próximo...”»

Antoine de Saint-Exupéry
El Principito

SEXUALIDAD: TEJIDO CULTURAL

Azar y cultura

La sexualidad se encuentra en un punto de cruce entre la naturaleza y la cultura, a mitad de camino entre la genética y el símbolo. En esta ambigüedad reside su fuerza e innegable importancia para la aventura humana. Lo que diferencia la sexualidad humana de la animal es haberse liberado de un patrón genético fijo, abriéndose por completo a la influencia de la cultura.

Nada más predecible y estereotipado que un cortejo sexual animal, sometido incluso a ciclos climáticos y fácilmente cronometrables. Nada más variado que la forma como diversas culturas e individuos expresan sus búsquedas sexuales.

La cultura empieza allí donde la naturaleza ha dejado algo sin reglamentar, como si los seres humanos intentaran conjurar el temor que les produce lo azaroso mediante complicadas reglas sociales y juegos lingüísticos. La sexualidad es por eso una de las canteras preferidas por la organización cultural para expresar su fuerza constructiva.

No tiene sentido buscar las leyes primigenias y soberanas que rigen la sexualidad humana, porque lo que la caracteriza es precisamente su carácter incompleto, la apertura a una indeterminación biológica que se convierte en la fuente misma de la variabilidad cultural. A través de los usos sociales predominantes en uno u otro grupo humano, la cultura moldea a la naturaleza que, a su vez, ha señalado a la actividad simbólica caminos alternativos de realización.

La sexualidad es fuente de semantización, fuerza ordenadora de la significación humana, código predilecto de las culturas para expresar tanto sus visiones cosmogónicas como sus rituales cotidianos. En tanto fuerza necesaria para la dinámica cultural e interpersonal, la sexualidad es objetivo predilecto de las estructuras de poder que buscan capturarla para obligar a las persona a permanecer dentro de sus redes. Decir algo sobre la sexualidad es enunciar, de manera simultánea, un saber sobre la política y la religión, sobre las leyes que rigen la vida de una comunidad, así como sobre sus ascos y puniciones.

Como terreno cultural, la sexualidad es una construcción simbólica que nos abre el campo azaroso de la libertad. Podemos inclinarnos por integrarla a sistemas violentos, de sometimiento y terror, o asumirla como un campo cogestivo de ternura. En uno u otro caso, su significado se construye en la interacción cotidiana, de cara a los/as demás, en una fina red de relaciones recíprocas donde aprendemos a ser lo que el deseo de la otra persona nos atribuye y confiere. La sexualidad es un tejido cultural donde cada uno de nuestros comportamientos y creencias representa una puntada que se ligará a otras puntadas y actitudes, para construir finalmente los múltiples matices de la vivencia amorosa.

Abrirse al mundo

Participar de una vivencia erótica y sexual es abrirse a la dinámica del mundo. Estar dispuesto/a a vincularse, a tender puentes de acción y sentido, a crear procesos grupales y comunitarios. Al igual que otros seres vivientes que habitan el planeta Tierra, los seres humanos vivimos en un ecosistema donde la comunicación y el intercambio son factores básicos para la perpetuación de la existencia.

Las plantas, las algas marinas y los más robustos árboles del bosque están abiertos a la luz, pues de ella obtienen la energía básica para su subsistencia. Los animales, desde las bacterias hasta los elefantes y las ballenas, establecen complejos sistemas de cooperación sin los cuales no podrían vivir. Los seres humanos no somos una excepción.

La sexualidad humana aparece como un gran poder de vinculación, como un mediador para definir situaciones culturales, relaciones de poder entre los géneros y en los espacios familiares y laborales. Igualmente, la sexualidad puede ser motivo de conflicto, cerrándonos al mundo y a las posibilidades de interactuar con los/as demás. La sexualidad es una puerta abierta al mundo o una manera de cerrarnos a él.

Cerrarse a las provocaciones del mundo, a sus insinuaciones, dificultades y deleites, es bloquear la dinámica vital, alterando el funcionamiento de nuestro ecosistema. Abrirse al mundo es abrirse a la gracia, a la gratitud, sin temor a interactuar con el azar y lo desconocido. Cuando la sexualidad se vive con vergüenza, el cuerpo es herido en su seguridad básica y la persona o el grupo se exponen a todo tipo de manipulaciones y desaciertos. Confiar en el propio cuerpo y en la capacidad vinculante de la sexualidad es también la mejor manera de cultivar la propia fuerza y singularidad, dentro de un ambiente de mutuo respeto y de calurosa reciprocidad.

Con mi cuerpo me comunico

La base de toda comunicación interpersonal es el cuerpo. Con los gestos abro o cierro posibilidades; con mi comportamiento señalo distancias a los/as demás o les muestro mi disponibilidad a compartir y construir de manera gozosa.

Igualmente, sé de las otras personas por lo que su expresión corporal me provoca. El cuerpo nos vincula o nos aísla, nos integra o nos bloquea. Hay que saber de los caminos del cuerpo, de sus caprichos, de sus temores y ansiedades. El cuerpo no es un objeto más entre los objetos. Es aquello por lo cual los objetos que nos rodean cobran sentido.

El cuerpo siempre es un cuerpo sexual. Lo es en el niño y en la niña; en las personas ancianas, en la mujer embarazada; en el hombre cuando trabaja; en el deporte y en las aulas. Está presente cuando dormimos y cuando estamos despiertos/as. La sexualidad es inherente a nuestro cuerpo. Por eso, toda comunicación es, a la vez, corporal y sexual.

Lo sexual en el cuerpo no se reduce a lo genital. Esta es una visión simplificada de la sexualidad. La sexualidad es un gran poder de la vinculación. En cuanto tal, y para diferenciarla de la simple genitalidad, se suele hablar de sexualidad y erotismo. Hay sexualidad en una experiencia táctil, en el acto de aspirar el aroma de una flor. Hay erotismo incluso en las más bellas obras del arte religioso.

La madre Teresa de Calcuta compromete de manera especial su sexualidad, su erotismo, cuando extiende sus manos para saludar a quienes la rodean, a los/as indígenas y personas moribundas que reciben su cariño. La espiritualidad es también una forma especial de sexualidad, de vivencia del cuerpo.

Recreando el goce compartido

La educación sexual no puede convertirse en información expurgada de vivencia o en método profiláctico para prevenir desviaciones o enfermedades de transmisión sexual (ETS). La vieja higiene, que reducía la educación sexual a informar sobre los horrores de las ETS, recurría, sin saberlo, a una pedagogía del miedo y el terror, ajena por completo a la ternura.

Identificar sexualidad con reproducción es hacerle creer al niño y la niña que el erotismo humano no tiene otro camino diferente al señalado por el instinto. Es indudable la importancia que tienen el goce genital y los delicados matices eróticos que se esconden en la experiencia de la crianza. Sin embargo, la sexualidad humana, al articularse a los más diversos sistemas sociales, encuentra caminos variados de expresión que la llevan a terrenos desconocidos para el instinto animal, como son el arte, la religión, el ejercicio del poder o las más variadas formas de creatividad cultural. Por eso es importante entender la sexualidad en sus múltiples manifestaciones, genitales y no genitales, reproductivas y no reproductivas, pues de lo contrario la estaríamos deformando y mutilando.

La sexualidad humana difiere de la animal en que se ha distanciado de la finalidad instintiva, pudiendo separar lo lúdico de lo reproductivo y conquistando la posibilidad de recrearse a través del juego y la imaginación. Como juego, la psicosexualidad humana puede ser constantemente reinventada, convirtiéndose en factor que promueve la creatividad y la libertad.

Cuando entendemos la educación sexual simplemente como información veraz y oportuna sobre el desarrollo erótico y genital, terminamos aliados/as a la racionalización y, como tales, sirviendo la mayoría de las veces para esconder los temores de los padres a que el niño y la niña descubran, por sí mismos, y sin plan previo, el goce erótico. La información, comunicación que se sustenta en la vista y el oído, aparatos sensoriales especializados en captar mensajes a distancia, termina apabullando a la vivencia, que se apoya en el tacto, sentido de la cercanía y la intimidad.

La constricción que padece la persona adulta en cuanto a la vivencia íntima de su propio cuerpo se transmite al niño y la niña cuando la comunicación de la vivencia erótica no se hace en un lenguaje cotidiano cuerpo a cuerpo, sino a través de palabras y conceptos que expresan una sexualidad fría, confinada a los genitales y la reproducción. No se trata, por eso, simplemente, de establecer con el niño y la niña un diálogo de igual a igual, enseñándoles cuidadosamente y de manera didáctica los diferentes aspectos de la sexualidad, ateniéndose siempre a la más pura racionalidad anatómica. Se trata, más bien, de construir el sentido acerca de su vivencia erótica y sexual, recurriendo tanto a la información precisa como al más amplio juego metafórico. De esta manera, salimos de la simple taxonomía de la conducta humana para favorecer la posibilidad de recrear el goce compartido.

Yo valgo por lo que soy, no por lo que tengo

La inseguridad que surge cuando no podemos vincularnos a otras personas de manera espontánea y creativa, trata de suplirse con el afán de poseer. Poseer objetos, dinero, ropa de marca, para imponernos a los/as demás en una relación interpersonal signada por la competencia despiadada.

Cuando acumulo dinero pretende acumular también poder para acceder a relaciones interpersonales genéricas, donde no comprometo a fondo mi intimidad. Este tipo de relaciones o satisfacen jamás nuestras necesidades afectivas y sexuales más sentidas. Puedo poseer muchos objetos sin lograr expresar mi singularidad.

En un mundo dominado por las transacciones de mercado, donde el cuerpo es también un objeto de compra y venta, es fundamental aprender a valorar lo que soy frente a lo que tengo. Lo que soy es lo único genuino que puedo ofrecer. Lo demás, lo puedo conseguir en cualquier supermercado.

En el ecosistema humano, lo valioso, lo importante que tengo para ofrecer es mi singularidad, mi diferencia. Y esta es una realidad corporal, sensorial, cultural, que no puede convertirse en objeto de compra y venta.

Comparto emociones

Las emociones, la afectividad, son siempre sentimientos compartidos. Cuando me afecta una determinada emoción -- risa, llanto, alegría, tristeza --, no se trata de una experiencia aislada. Es la manera de representarme la relación que tengo con otras personas, la vivencia de mi cuerpo en el mundo y el espacio. La emoción es una experiencia personal destinada siempre a ser compartida con otras personas. La alegría es sentirse liviano/a en las relaciones con el mundo.

La tristeza es sentirse pesado/a en la comunicación con los/as demás. El miedo es desconfiar de quienes se nos acercan. En los ambientes familiares, en el barrio o en la escuela, en el bus urbano o en el estadio de fútbol, se comparten emociones que constituyen una especie de clima afectivo que puede ser tanto benéfico como dañino para nuestro crecimiento personal.

Mucho más importante que la información que se transmite es la emoción que se comparte. Ésta es la que nos señala con claridad el tipo de compromiso que asumimos, la realidad que nos circunda. Las emociones compartidas son parte fundamental del ambiente en nuestros ecosistemas. Prestar atención a los climas afectivos es para el ecosistema humano tan importante como lo es para un agricultor atender a las variaciones de la temperatura o al régimen de lluvias. Nuestros recuerdos infantiles hacen referencia a esos climas afectivos compartidos, a los gestos de quienes nos rodearon. Si el clima emocional fue de confianza, estaremos entonces dispuestos/as a vincularnos al mundo con gozo. Si, al contrario, fue de sometimiento y violencia, cargaremos con un gran monto de sufrimiento.

Comparto capacidades y habilidades

Aprender es siempre aprender con otras personas. El aprendizaje es el producto de haber jugado mi cuerpo en el espacio, de haber compartido con otros/as una meta, un proyecto, una experiencia. En cada interacción ofrezco mis habilidades y complemento mis debilidades. La dinámica del mundo es el producto de todos los esfuerzos y dificultades compartidos.

En conjunto, mi cuerpo es tan valioso en sus fortalezas como en sus debilidades. Unas y otras constituyen la singularidad. Sólo porque soy un ser singular, diferente e irrepetible, enriquezco el ecosistema humano, posibilitando que los/as demás formen conmigo cadenas de interdependencia.

Fomentar las capacidades de cada cual es reconocer su singularidad, cultivarla como si se tratara del más preciado tesoro. Aquí la dinámica escolar juega un papel fundamental. Cuando entendemos el espacio escolar como una máquina homogenizadora donde todos los alumnos y las alumnas deben desarrollar iguales habilidades y comportamientos, estamos impartiendo una educación sexual violentadora de la singularidad. Porque en el ambiente educativo la educación sexual tiene que ver, básicamente, con la actitud que asumimos frente al cuerpo de la otra persona en sus procesos de aprendizaje.

Reciprocidad es ser capaces de entender dónde termina nuestra capacidad de comprensión y empieza una estrategia de aprendizaje diferente. Es pensar en la otra persona como un sujeto cuyo mundo no comprendemos nunca de manera plena, por lo que debemos siempre actuar frente a él o ella con tacto y delicadeza. Reciprocidad es mostrarse dispuesto/a a que la otra persona nos indique, con sus actitudes y gestos, un camino diferente que debe ser respetado.

SEXUALIDAD Y OBSCENIDAD

Erotismo y pornografía

Una de las preocupaciones básicas al abordar la sexualidad es cómo hacerlo sin caer en la obscenidad. Se trata aquí de un delicado asunto de reciprocidad, pues a partir de una visión ética que considera preferible un mundo donde las relaciones interpersonales no estén jerarquizadas por intereses de manipulación y sometimiento, se hace necesario tematizar la sexualidad desde una actitud de respeto a la diferencia, de fomento al crecimiento de la singularidad y de enriquecimiento lingüístico y simbólico, que permita enfrentar los conflictos sin aplastar a quienes nos rodean.

Considerando la sexualidad y la afectividad como aspectos básicos de la vida humana, cabe entender que su expresión por fuera de cauces que impliquen respeto a la intimidad puede conducirnos fácilmente al autoritarismo y la violencia. Bajo esta perspectiva, lo sexual y lo afectivo adquieren una dimensión similar a lo que la sociología comparada de las religiones denomina lo sacro. Es decir, una faceta ambigua de la existencia humana que puede producirnos tanto gozo como sufrimiento, afirmación vital o temor, vida o muerte. Es por eso que su manejo

exige mantener siempre un justo medio para impedir polarizaciones que puedan generar severos conflictos en la cotidianidad.

Es necesario distinguir lo erótico de lo obsceno y lo pornográfico. Esto no supone considerar de antemano nociva la representación de ciertos conflictos sexuales o eróticos, ni la presentación de escenas íntimas o pasionales. Ninguna relación sexual o afectiva es, por sí misma, censurable. Se considera, eso sí, reprochable que se simplifiquen o banalicen dichas representaciones, y se muestren de manera repetida como alternativa viable y deseable situaciones donde la manipulación y objetivación de la otra persona se tornan en situaciones cotidianas y justificables.

Afán de obviedad

La obscenidad y la pornografía se diferenciarían del erotismo por su afán de obviedad, de mostrar al alumno y la alumna estrategias de conquista carnal o ángulos de las relaciones sexuales de manera esquemática, utilitaria y simplificada. La pornografía tiene incluso lo que podríamos llamar un interés anatómico, al mostrar escenas donde la obviedad del comercio sexual desplaza cualquier otro interés o contexto simbólico.

El erotismo, al contrario, se articula de manera plena a la ambigüedad humana, mostrando que lo sexual es algo más que lo coital, impregnando las relaciones cotidianas con una carga siempre presente, pero sutil, de sexualidad y afecto. En la pornografía, la sexualidad coital es un fin en sí mismo que termina por oscurecer otras dimensiones humanas a las que está integrada. Si la pornografía es el campo de la obviedad y la manipulación genital, lo erótico es el campo de la sutileza, donde la sexualidad aparece revestida de todos sus componentes simbólicos, sin que ello implique censura a las manifestaciones de crueldad o manipulación, que en un momento dado, puede tener una relación sexoafectiva entre los seres humanos. Mientras el erotismo es el campo de la eterna seducción, la pornografía lo es de la posesión de un cuerpo que ha perdido cualquier otra dimensión diferente a su utilidad como maquinaria de placer.

La diferencia entre pornografía y erotismo no se refiere tanto a contenidos, pues ambos pueden tratar una amplia gama de temáticas referentes a la sexualidad y la afectividad. Es más un problema de forma y de estrategias expresivas, que no pueden entenderse como aspecto añadido o superficial. Ya lo han dicho grandes teóricos de la comunicación: el medio es el mensaje. Mejor aún: la forma es determinante en la estructuración de la comunicación, pues es en ella donde se acumula información contextual fundamental al momento de captar el sentido del mensaje que se nos transmite.

De allí que la diferencia entre pornografía y obscenidad, por un lado, y erotismo, por el otro, sea también un asunto estético. Lo que diferencia una manifestación de otra es la disposición sensible con que se aborda el conflicto sexoafectivo, presente siempre en la vida humana. Su simplificación conduce necesariamente a una visión achatada de lo humano que termina reforzando actitudes de manipulación e irrespeto. Su presentación dentro de la complejidad simbólica que lo caracteriza, enriquece la comprensión de la problemática planteada y nos sensibiliza ante los múltiples caminos y paradojas a las que podemos vernos enfrentados/as,

permitiéndonos integrar en una perspectiva cultural más plena nuestra propia conflictividad cotidiana.

PAREJA: TACTO Y SABIDURÍA

Reciprocidad y género

La reciprocidad sexual y amorosa pasa necesariamente por el reconocimiento de las diferencias de género. Somos hombres o mujeres no solamente por las diferencias anatómicas o genéticas de nuestros cuerpos, sino porque hemos aprendido a diferenciarnos dentro de las dinámicas de poder, las prácticas culturales y en la manera de comportarnos frente a nuestros sentimientos.

Las diferencias de género han servido en ocasiones para justificar sistemas de explotación sexual y económica. La mujer, en particular, ha sido víctima de este mecanismo discriminatorio que se perpetúa todavía en muchos lugares de la Tierra. Igualmente, el hombre ha sido empobrecido por la cultura del machismo, pues se le ha negado la posibilidad de expresar plenamente su afectividad, condenándolo a una sexualidad funcional y penetrativa.

Las diferencias de género no pueden negarse totalmente, pues son necesarias para la expresión de la diversidad afectiva y cultural. Sin embargo, no pueden seguir convirtiéndose en un sistema de dominio, de chantaje y explotación. Tanto el hombre como la mujer deben confrontar sus prácticas cotidianas, las maneras como articulan el afecto al poder y las modalidades que utilizan para combinar el dominio interpersonal con el ejercicio de la sexualidad, preguntándose además si están o no contribuyendo con su comportamiento a la crisis ecológica de la interpersonalidad.

La reciprocidad supone el cultivo y respeto de la diferencia. De esta manera, podemos acercarnos a la otra persona para degustar el goce que se deriva de entrar en contacto con formas de sensibilidad que nos confrontan y complementan. Incluso, más allá de la diferencia entre los géneros, debemos aceptar que cada ser humano es diferente en sus estrategias amorosas, motivo por el cual tendremos siempre que enfrentarnos a la experiencia de una otra persona que a la vez nos complementa y nos niega. Saber articularnos a la diferencia es un reto que encontramos siempre, bien sea que nos adentremos en una experiencia de amistad o que nos arrastre el turbión de la pasión amorosa.

¿Qué es una pareja?

La pareja es el amor complementado con la amistad. Dos seres diferentes se integran para alimentarse mutuamente en un mismo nicho afectivo, sin poner en entredicho su crecimiento personal y el cultivo de las diferencias.

La vida en pareja es uno de los retos más grandes del mundo contemporáneo. Las dificultades para la vivencia de la intimidad alcanzan tal magnitud que podríamos hablar de una especie de

desastre cultural, producto de un gran analfabetismo afectivo que nos impide conciliar dos necesidades básicas: la mutua dependencia con el crecimiento de la singularidad.

El chantaje afectivo lleva a que la vida en pareja se torne con frecuencia insoportable. Este chantaje consiste en hacerle saber a la otra persona, de manera explícita o implícita, que le damos nuestro cariño siempre y cuando sea como nosotros/as queremos. Esta situación crea odios y violencia, pues a medida que uno de los miembros de la pareja crece, el otro se muestra inseguro y disgustado, retirándole su apoyo afectivo. De esta manera pone zancadilla a sus anhelos de crecimiento personal.

Otro mecanismo muy frecuente de irrespeto dentro de la pareja es creer que ya conocemos a la otra persona. Cuando uno de los miembros de la pareja sale con una propuesta novedosa, inmediatamente el otro lo descalifica, pues supuestamente ya lo conoce. Pero, en realidad, lo que casi siempre conocemos de la otra persona son sus fracasos, con lo cual empobrecemos la imagen que tenemos de él o ella, porque le condenamos a la estupidez, sin abrir posibilidades para nuevos desarrollos o descubrimientos.

La vida en pareja se hace difícil porque es un experimento cultural contemporáneo, sin antecedentes en la historia. Hasta hace poco, la mujer era sojuzgada y menospreciada por el hombre, negándosele incluso sus derechos civiles. En las últimas décadas adquiere una condición de igualdad legal frente al hombre, con lo que se crea la posibilidad de una auténtica vida de pareja. Sin embargo, no ha sido nada fácil avanzar en relaciones amorosas que mantengan unas condiciones de igualdad y reciprocidad. La batalla entre los sexos, que por tantos siglos ha soportado la humanidad, se traslada con frecuencia a la intimidad de la pareja, dificultando muchísimo sus relaciones.

De la vida de pareja a la experiencia de ser madres y padres

Lo más sano para el hijo y la hija es que los padres mantengan unas relaciones de pareja recíprocas, en las que el hijo o la hija no empiecen a funcionar como una tercera bola de billar que recibe los golpes e incomprensiones que viven los adultos.

La identificación sexual del niño y de la niña depende en gran medida de la capacidad que tengan sus padres para mantener relaciones recíprocas y de solidez afectiva con su compañero o compañera sexual. Incluso, en el caso de un padre o una madre separada, el niño percibirá la manera como se relacionan con otros adultos y aprenden de esta manera una u otra forma de dar y recibir afecto.

Es muy dañino para el niño o la niña que el padre y la madre decidan sacrificar su propia capacidad afectiva o las posibilidades de relacionarse con otra persona adulta argumentando que «lo importante ahora son los hijos». El hijo o la hija jamás puede sustituir esta reciprocidad que necesita la persona adulta y más bien se le hace un gran daño, pues se le sobrecarga con una demanda a la que no puede responder de manera satisfactoria.

La mejor manera de educar sexualmente a un niño o una niña es que la persona adulta acceda de manera gratificante a su propia sexualidad y a una vida de reciprocidad afectiva con su pareja. Lo demás podrá llegar por añadidura.

Qué comparten y qué no comparten las parejas

La pareja comparte, ante todo, el alimento afectivo. Su pacto central es y debe ser cuidarse mutuamente y darse el apoyo necesario para sus proyectos vitales. Durante muchos años la razón fundamental del matrimonio fue establecer una alianza económica donde lo secundario era el amor. Se suponía que éste llegaría a su tiempo, por mutuo acostumbamiento. Y si no llegaba, tampoco se consideraba fundamental su presencia.

Ahora lo básico dentro del matrimonio es la relación de pareja que surge de un mutuo enamoramiento. Es, ante todo, un pacto afectivo que busca potenciar los proyectos de crecimiento personal que tiene cada uno de sus miembros. Estos proyectos no necesariamente deben compartirse. En ocasiones, incluso, son diferentes. La pareja debe reconocer qué es lo que la une y qué la separa, pues puede ser muy peligroso confundir ambos niveles.

En la vida íntima pueden existir gustos o preferencias que no sean compartidas por ambos miembros de la pareja. Esto no debe considerarse un conflicto insoluble. El pacto de brindarse mutuo apoyo afectivo no debe convertirse en aplastamiento de la singularidad. Es preciso alimentar estas mutuas diferencias, pues haciéndolo el alimento afectivo que se brinde será más pleno.

Construir pareja: esfuerzo de cada día

Parte significativa del sufrimiento que embarga a la pareja reside en la poca comprensión que tienen hombres y mujeres de las tensiones históricas y sociales que, independientemente de su voluntad, afectan la relación. Sobre la pareja contemporánea recaen múltiples exigencias económicas, culturales y afectivas, que hacen en extremo difícil construir una vida gratificante en la intimidad.

Es asombroso ver parejas que conviven durante años maltratándose mutuamente, con niveles de agresión que asfixian y hacen irresponsable el ambiente conyugal. Es frecuente, incluso, que muchas de estas personas lleguen a una edad avanzada hiriéndose sin descanso, descalificándose y reprochándose mutuamente, tanto en público como en privado. En las reuniones sociales vemos que se desmienten con sus gestos y miradas, sin poder esconder la fatiga que mutuamente se producen. Basta un gesto o una palabra de cualquiera para que se desencadenen violencias sutiles que hieren hasta lo más profundo de las fibras afectivas. Un enjambre de emociones se dispara y viejos rencores campean en la escena. Aliada a la memoria corporal, la violencia hace su ingreso sin que nadie, de manera explícita, la haya convocado.

¿Cómo es posible -pensamos- que a pesar de los años sigan violentándose? ¿No es una vida tiempo suficiente para aprender a amar? Los años de convivencia, antes de ayudar a mejorar,

endurecen la relación, viviéndose un estado permanente de guerra, plagado de violencias sutiles y escurridizas, disfrazadas en ocasiones con la máscara del afecto y la protección, violencias que van destruyendo psicológicamente a las personas hasta cercarlas en su crecimiento e impedirles su expansión.

Exhibimos en ocasiones una gran torpeza en nuestras relaciones con otras personas, provocando escándalos y maltratos que nos desgarran en una frustrante soledad. Muchos/as de nosotros/as, sin darnos cuenta, volvemos conflictiva la dependencia afectiva, cargando con un monto indecible de nostalgia y despecho que ensombrece nuestras relaciones amorosas. Todos y todas vivimos a diario tratando de hacer realidad el sueño de la pareja; quedamos cojos/as, mancos/as y ciegos/as de amor, pues en batallas inútiles perpetuamos nuestra miseria afectiva y la incapacidad de acceder en la intimidad al goce compartido. Situación bastante grave si tenemos en cuenta que el mundo contemporáneo, con sus ambientes predominantemente citadinos, ha descargado sobre la pareja gran parte de la seguridad afectiva que necesitamos encontrar en la vida diaria. Triunfadores/as del mundo de la técnica, seguimos siendo aprendices del mundo de los afectos. Somos, de conjunto, una cultura alarmante de analfabetismo afectivo.

Amor y odio

Se habla mucho del amor sin que se nos aclare que lo más cercano al amor no es la ternura sino el odio. Una mirada somera a las relaciones de pareja y a ese nido de amor que por definición es la familia, basta de sobra para confirmar esta observación.

Es suficiente escuchar algunas canciones populares o vivir una relación íntima para comprobarlo. Así dice una de las tonadas más conocidas: «Ódiame por piedad, yo te lo pido; ódiame sin medida ni clemencia; odio quiero más que indiferencia, porque el rencor hiere menos que el olvido; si tú me odias quedaré yo convencido de que me amaste, mujer, con insistencia; pero ten presente, de acuerdo a la experiencia, que tan sólo se odia lo querido».

Odiamos a la otra persona porque nos desilusiona, porque nos exige reconocer que no podemos esperar reciprocidad total, que le hacemos y nos hacemos daño si la convertimos en objeto de una fe ciega. Odiamos al constatar que para construir el vínculo debemos aceptar un cierto monto de separación y pérdida. Odiamos al darnos cuenta de que todo discurso amoroso es provisorio, promesa que nunca se realiza tal como la habíamos soñado. Odiamos porque nos sentimos dependientes de otra persona que es por completo diferente a nosotros/as, cuyos actos no podemos controlar. Odiamos porque nos irritan sus gestos, su singularidad, todo aquello que no somos y que al estar cerca de nosotros/as nos crea conflicto y nos saca del centro.

Quien ama siente que el eje de sus decisiones no pasa ya por su propio cuerpo sino por el cuerpo de otra persona. Esto, por supuesto, genera una sensación de extrema debilidad, por lo que se reacciona de manera espontánea intentando controlar a la otra persona hasta en sus más mínimos movimientos. He aquí las raíces del conflicto: por temor a perder nuestra seguridad aplastamos la seguridad de la otra persona, convirtiendo la vivencia amorosa en un campo de batalla.

La ternura es un término medio entre el amor y el odio, ambos sentimientos muy humanos que se presentan a diario en nuestras relaciones afectivas, políticas y laborales. Se nos hace mucho énfasis en aprender a amar, pero nadie nos enseña a odiar. Como es algo que por definición no debería aparecer, ante la irrupción del odio en los espacios íntimos no sabemos qué hacer y tomamos la vía de la actuación de nuestra intolerancia. Cuando hemos llegado a la frontera del odio, cuando nuestra irritación está a punto de transformarse en violencia, aparece la ternura como un conjuro social que nos enseña a convivir con seres diferentes y que, aunque no responde por completo a nuestras exigencias y demandas, nos brinda desde su singularidad calor y compañía, enriqueciéndonos con su presencia. La ternura es el camino que recorreremos cuando nos hemos dado cuenta de la falibilidad humana, de la cercanía del odio y de la facilidad con que, en la vida íntima, nos convertimos en sujetos maltratantes.

Un lugar sagrado

La vida en pareja requiere de tacto y delicadeza, de un acompañamiento pasional que no debe confundirse con la compinchería. Una imagen de la sociología comparada de las religiones puede caracterizar mejor esta situación. Lo sagrado, en las religiones antiguas, es una esfera ambigua, lugar de poder que puede producir tanto la vida como la muerte. Tal es el caso del arca de la alianza, en la tradición israelita, capaz de mantener la unidad de las tribus pero de producir la muerte a quien se acerque a tocarla sin respetar los rituales culturalmente establecidos.

Lo sagrado no puede manipularse. Para acercarnos a un lugar sagrado y alimentarnos de su poder necesitamos delicadeza, tacto, astucia, olfato, es decir, espiritualidad. El mundo actual, que ha desplazado lo sagrado de la vida cotidiana, ha perdido por completo la dimensión y sutileza de este lenguaje. Dios está enjaulado en los templos y ya ni los árboles, ni los montes, ni otros objetos del entorno diario comparten las características de lo sagrado.

En un mundo que, bajo el imperio de la razón instrumental ha expulsado lo sagrado de la vida cotidiana, dando patente de corso para que todo pueda manipularse, deberíamos mantener al menos un lugar sagrado, que sería por supuesto el lugar de la otra persona. Porque la otra persona comparte esas características que los pueblos antiguos dieron a lo sacro. Puede darnos la vida, pero también la muerte. No podemos manipularla y esculcarla, porque terminamos creando una situación de violencia que, al revertir sobre nosotros/as, nos causa daño. Se necesitan complejos rituales de acercamiento para interactuar con esa persona sin peligro de maltratarla ni maltratarnos. Y, como si fuera poco, dado que el acercamiento íntimo está surcado por la ambigüedad, los equívocos y los abusos de poder, es necesario tener en cuenta que vincularnos a la otra persona requiere de un acto supremo de tacto y sabiduría.

Al poner en juego la vivencia de la dependencia afectiva, la relación de pareja se adentra, sin que nos demos cuenta, en el territorio de lo sagrado. Pero el amor, lejos de una visión romántica e idealizada, es también una experiencia que se encuentra a medio camino entre la sexualidad y el poder. Lo que se pone en evidencia al interior de las relaciones íntimas son complicados intercambios de placer y dominio interpersonal, en nada exentos de motivaciones económicas. La pareja contemporánea es la administradora de ese complejo legado cultural que nos obliga a transformar la atracción sexual en una empresa exitosa. Los matrimonios han sido y siguen

siendo alianzas donde se consolidan convivencias sociales y se fortalecen transacciones económicas.

Sin embargo, y he ahí el dilema, la moral que propugna un gusto desmedido por la propiedad puede tornarnos impermeables a la vivencia, casi sacra, del sentimiento de dependencia. El máximo símbolo de esta forma de pensar es la acumulación monetaria, como manera de asegurarnos contra la dependencia a seres singulares. Tener dinero es poder afirmar la autonomía frente a otra persona, planificar la vida por encima de aquello que nos articula con seres diferentes. Temerosos/as de depender, de abandonarnos a las fuerzas que nos alimentan, encontramos en el dinero la figura que asegura la perpetuación de ese temor.

El misterio de la pareja

Cabe reconocer que el amor es, ante todo, un sentimiento de dependencia afectiva y que, como tal, es un auténtico imperativo de nuestra existencia. Los ideales del amor cortesano o caballeresco, calcados de la lógica guerrera, no parecen responder a nuestras necesidades contemporáneas. Dependemos afectivamente de las otras personas tanto como dependemos del aire, del agua o de la luz, de la misma manera como los seres de un ecosistema se necesitan para asegurar su integridad biológica.

Pero tal compulsión por el éxito y la eficiencia, el afán instrumental por dominar el propio cuerpo y el de los/as demás, así como el predominio del lenguaje de la funcionalidad monetaria, pueden ser sustitutos socialmente aceptados de una relación interpersonal tierna y gratificante que no se encuentra en la vida cotidiana, de la que se huye como si se padeciera una auténtica fobia a la vinculación afectiva. Esta conflictualización de la dependencia interpersonal va estrechamente ligada al predominio de los diálogos funcionales, fenómeno que atenta a la vez contra las necesidades de dependencia y la emergencia de la singularidad dentro de la pareja.

La primacía de diálogos funcionales veta la comunicación que implica exploración afectiva y apoyo lúdico a la existencia. La sociedad contemporánea ejerce una gran presión sobre el nicho afectivo, invadiéndolo con diálogos funcionales y dificultando en extremo otro tipo de comunicación. Sin embargo, el nicho ecológico de la intimidad necesita con urgencia de la comunicación lúdica y exploratoria, sin negar la importancia que tiene para muchas actividades de la vida diaria la comunicación de tipo operativo y funcional. Desde una perspectiva de ecología humana, es preciso equilibrar la presencia de diálogos funcionales y lúdicos, abriéndoles campo a los segundos en la vivencia interpersonal. Entre más diálogo lúdico se permita la pareja, más posibilidad hay de estructurar una red afectiva gratificante, flexible al momento de permitirnos el crecimiento personal.

Quien accede al misterio de la dependencia es como un velero que se nutre de vientos encontrados para alcanzar la expresión de su singularidad en medio de un mar amenazante. De allí que el secreto y la fortaleza de la vida en pareja radica en entender que la plena singularidad sólo puede encontrarse cuando nos abandonamos a la más plena dependencia.

Huésped permanente

Gran parte de la información audiovisual que los niños, las niñas y los/as ciudadanos/as contemporáneos/as tienen sobre la sexualidad, proviene de los contenidos radiales y televisivos que se transmiten en programas que, de manera directa o indirecta, hacen constante referencia al tema. Tanto en el cine como en las telenovelas se despliega todo tipo de estrategias amorosas, muchas de ellas cargadas de violencia y manipulación del cuerpo o de los sentimientos de la otra persona.

La televisión es una especie de huésped que comparte nuestro ambiente familiar, fascinándonos con sus recursos técnicos, supliendo en ocasiones la ausencia de diálogo entre los miembros de la pareja o la familia. Nuestra capacidad para incidir en el tipo de programas que se ofrecen es muy poca, casi nula. La interacción con la televisión se reduce a la posibilidad de apagarla, cambiar de canal o comentar con familiares y amistades lo que se nos ha presentado en la pantalla chica. Aquí la reciprocidad cotidiana, cuerpo a cuerpo y gesto a gesto, parece por completo eclipsada.

Lo audiovisual y lo kinestésico

Por eso se teme al influjo nefasto que pueda producir esta información televisiva, poco preocupada en ocasiones por crear actitudes de respeto y convivencia. Ante la pregunta que tantas veces se ha formulado sobre el papel jugado por la televisión en la formación sexual de niños, niñas y jóvenes, es preciso aceptar que la representación televisada de escenas de contenido erótico sí induce cambios en el comportamiento del espectador. Por el carácter visual de la información, la televisión actúa como proveedora en la formación de pautas de comportamiento y patrones éticos. Dada la cantidad de horas que diariamente permanece el ciudadano promedio ante este medio de comunicación, puede señalarse como el gran educador del mundo contemporáneo. La constitución del sujeto deseante, de las formas de reconocimiento social y de las representaciones que el individuo o el colectivo tienen de sí mismos, son impensables en el mundo actual por fuera de la influencia de la televisión.

Sin embargo, es el contexto cotidiano el que influye para que se validen estos modelos de identificación ofrecidos por la televisión. No basta la simple presencia de una imagen en la pantalla para determinar la constitución de una pauta de comportamiento. La estimulación audiovisual de la televisión debe integrarse a la experiencia táctil y kinestésica que brinda la relación cuerpo a cuerpo del entorno familiar y cotidiano. Tales experiencias -- la visoauditiva y la kinestésica -- pueden ser convergentes determinándose el carácter significativo de la vivencia del espectador por la posibilidad de encontrar en las escenas televisadas la expresión a los conflictos que vive en su rutina diaria. La estabilidad de los cambios comportamentales depende, por eso, del sinergismo que se establezca entre la imagen proyectada en la pantalla y la vivencia emocional del televidente.

Proyectando carencias

No es posible afirmar de manera unicausal que el comportamiento erótico esté determinado por la representación televisada que tematiza aspectos sexuales o afectivos. Este es apenas uno de los factores concurrentes. No es, sin embargo, el determinante. El comportamiento erótico es básicamente producto de la vivencia en la intimidad, de la relación kinestésica y tacto-olfativa que tenemos con los otros cuerpos, del aprendizaje sensible que adquirimos en compañía de aquellas personas de quienes dependemos afectivamente. En ausencia de estos lazos afectivos primarios, puede entonces la televisión entrar a jugar un papel preponderante en la búsqueda de un sí mismo/a que empiece a regir más por la dinámica del mercado que por la posibilidad de acceder a encuentros cálidos en la intimidad.

Sin embargo, incluso en este caso, no existe una relación directa, causa-efecto, entre la transmisión del mensaje en la televisión y la participación del comportamiento correspondiente. Se necesita una labor de facilitación que viene dada por un contexto social donde las pautas transmitidas por el medio tengan aceptación y validez. La oferta televisiva de modelos de identificación erótica no necesariamente incide de manera permanente en un espectador que observa en forma rutinaria la televisión. En muchos casos, el efecto no pasa de ser recreativo, representacional, comprometiendo al espectador sin que éste pierda la distancia que hay entre lo que se le ofrece en la pantalla y la vida diaria. Puede configurarse como una simple línea de fuga que se mantiene, ese hecho de escenificar aspectos conflictivos de la vida real, sin que ello implique una confusión del mundo de la teatralidad con el de los sucesos cotidianos.

Tal ejercicio imaginativo puede incluso ser benéfico, porque permite representar tensiones que, de otra manera, presionarían a la acción compulsiva que es, por definición, una urgencia que no pasa por el pensamiento, pues la censura interior o la estrechez imaginativa no permiten representarla. Es más fácil actuar compulsivamente aquello que no se representa que lo que logramos simbolizar con riqueza y fluidez.

El papel del contexto social

No se puede negar, sin embargo, que la oferta de modelos de identificación de la TV ejerce una presión ideológica y social bastante considerable. Pero también es cierto que el afianzamiento de determinado patrón de comportamiento depende básicamente de las experiencias que la persona tenga en su vida cotidiana, pues serán éstas las que permitan dar a las imágenes y argumentos presentados por la televisión la estabilidad y pertinencia necesarias para convertirlas en modelos de identificación permanentes y predominantes.

En casos de carencia y privación sexoafectiva, al igual que en situaciones del maltrato y violencia, hay mayor tendencia a depender de estos modelos ofrecidos por la televisión y menor capacidad para relacionarse con ellos de manera crítica. La televisión es un medio de expresión cuya influencia en el comportamiento está directamente relacionada con las cargas afectivas que proyectamos en ella y no tanto con el poder mágico, que a veces se le atribuye, de modificar a su artificio nuestras emociones, pasando por encima del contexto en que se desenvuelven las experiencias cotidianas.

Los niños, las niñas y los/as adolescentes, por estar en un período de transición que señala el paso de la dependencia familiar y afectiva a la autonomía social, son particularmente susceptibles a la búsqueda de modelos de identificación que les permitan representarse su inserción en el espacio valorativo de las personas adultas. Por dicha razón, los efectos de algunos mensajes televisivos tienen para ellos y ellas una significación mayor que la que pueden tener para los mayores.

En este caso, vale también señalar que no es suficiente, para modificar el comportamiento, la oferta de modelos que reciben los/as menores de edad a través de la televisión. También en su contexto social los niños, las niñas y los/as adolescentes se encuentran en una etapa de transición, de cambios acelerados, sometidos/as a presiones múltiples que pueden reforzar las alternativas planteadas por los medios. Si la vida cotidiana es de limitación y carencia, de injuria y maltrato, el niño, la niña y el/la adolescente serán más susceptibles a idealizar modelos ofrecidos por la televisión y actuar en su entorno diario en concordancia con ellos. Pero, igualmente, si a pesar de las dificultades vividas encuentran en el entorno diario personas que puedan ofrecerles con solidez alternativas de crecimiento personal, las imágenes representadas en el medio de comunicación tendrán más bien un efecto catártico, permitiéndoles entrar en el juego del simbolismo sin confundirlo con su propia realidad.

Vulnerabilidad cultural

Es preciso tener presente algunas vulnerabilidades sociales y psicológicas que impiden tomar de manera crítica el mensaje transmitido por la televisión. En lo cultural, se sabe que un cierto analfabetismo -- real o funcional -- refuerza el poder que la imagen visual puede tener como orientadora del comportamiento. La destreza lecto-escrita favorece una postura crítica, pues permite al espectador dejar de ser televidente pasivo para convertirse en tele-lector, capaz de confrontar la validez de los mensajes que se le entregan. En lo psicológico, las situaciones de maltrato, de privación y abandono social y afectivo, refuerzan el poder reglamentador de la televisión, pues no existen en la vida cotidiana experiencias interpersonales capaces de dar confianza y seguridad, a partir de las cuales se puedan constatar con certeza los límites y alcances de las ofertas imaginativas transmitidas por los medios de comunicación.

El contexto social macrocultural juega un papel muy importante en la configuración de comportamientos sexuales y violentos, ejerciendo un factor preponderante, mayor que el que puede jugar por sí sola la televisión. Si entendemos la televisión como un mecanismo de oferta de imágenes de identificación, debemos atribuir, en contraparte, al medio social, el papel de productor de las disposiciones de carácter que hacen posible que tales ofertas de identificación se tornen viables. Cuando en su entorno inmediato o cultural el individuo no se ve impulsado a desarrollar comportamientos violentos o a crear actitudes sexuales de manipulación, es poco probable que las representaciones ofrecidas por la televisión puedan, por sí solas, inducir su aparición.

Dictadura de la vista y el oído

Curiosamente, mientras la televisión y los medios de comunicación saturan sus programas de contenidos sexuales y eróticos, la escuela sigue resistiéndose a considerar la sexualidad como eje central de la actividad pedagógica. Aun más, la angustia de educadores y educadoras frente al efecto de la televisión parece estar relacionada con la competencia desventajosa que establece este medio con las estrategias audiovisuales de la escuela, que no logran superar el colorido y la variedad de la pantalla chica. Se olvidan, sin embargo, que la escuela tiene una ventaja sobre la televisión, ventaja que no es suficientemente utilizada. Se trata de la presencia del alumno y la alumna, de su compromiso kinestésico, de la dimensión tacto-olfativa de su existencia, a la cual de ninguna manera pueden llegar los medios de comunicación masiva.

La adecuada reciprocidad frente al poder anónimo de los medios de comunicación depende, en gran parte, de la apropiación que el individuo haya hecho de su realidad kinestésica y tacto-olfativa. Si esta percepción y apropiación es calurosa, tierna, respetuosa de la diferencia, entonces el niño, la niña y el/la joven sabrán colocar un freno a la oferta televisiva y a las tentaciones consumistas, pues no tendrán necesidad de proyectar, en los modelos de identificación que transmiten los medios de comunicación, sus propias frustraciones cotidianas y afectivas. Pero si esta realidad inmediata es funcional y empobrecida, entonces la vulnerabilidad será grande, pues no habrá capacidad crítica ni distancia posible frente a los mensajes transmitidos por los medios.

Es curioso que la escuela no haya asumido de manera plena este papel de educadora en la intimidad. Ello sucede, quizás, porque durante mucho tiempo se ha considerado el intelecto separado de la experiencia erótica y sexual, censurándose de manera implícita la percepción mediada por el tacto, el gusto o el olfato. Desde largo tiempo, Occidente prefirió el conocimiento de los exteroceptores, o receptores a distancia, como son la vista y el oído. La muestra es una cultura audiovisual. Condicionante tan certero que los padres de la Iglesia y el mismo Santo Tomás concibieron el cielo como un paraíso visual donde tendríamos por toda la eternidad la visión beatífica de Dios, excluyendo la posibilidad de un cielo táctil, sentido que también habían censurado en la Tierra.

La escuela, auténtica heredera de la tradición audiovisual, funciona de manera que al niño y a la niña, para asistir al aula, le bastaría tener un par de ojos, sus oídos y sus manos, excluyendo para su comodidad los otros sentidos y el resto del cuerpo. Si pudiera hacer cumplir una orden semejante, la escuela pediría a niños y niñas que vinieran a la clase sólo con sus ojos y oídos, acaso acompañados/as por la mano en actitud de agarrar un lápiz, dejando el resto del cuerpo en su casa a buen resguardo.

«Mirar y no tocar se llama respetar», es una expresión que ejemplifica el deseo del maestro o la maestra de excluir cualquier experiencia que pueda comprometer al niño y la niña en la cercanía y la intimidad. La intromisión del tacto, el gusto o el olfato en la dinámica escolar se vive como amenazante, pues la cognición ha quedado limitada al ejercicio de aquellos sentidos que pueden ejercerse manteniendo la distancia corporal.

Recuperación del olfato

El aula está diseñada para una comunicación audiovisual que sirve de soporte al ejercicio de la lecto-escritura. El olfato aparece como un sentido de menor valía, siguiendo el razonamiento de Immanuel Kant, que en sus lecciones de antropología pragmática, no contento con declararlo un sentido superfluo, se queja de su existencia, sugiriendo que no tenerlo nos ahorraría muchísimas sensaciones desagradables.

Se niega de plano un tipo de conocimiento contextual y práctico, referido a situaciones conflictivas de la vida cotidiana en las cuales no podemos realizar una tajante separación entre sujeto cognoscente y objeto conocido. El olor no permite exterioridad ni distancia. Estamos imbuidos/as en él como en la existencia diaria, acosados/as por fuerzas que nos envuelven y comprometen corporalmente, sobre las cuales, sin que medie separación posible, es imperativo tomar decisiones.

El conocimiento político que, como decía Aristóteles, es un saber del justo y medio y de las fuerzas encontradas, sólo logra expresarse de manera plena en la metáfora olfativa. Expulsar el olfato del aula y de la escuela es tornar a los alumnos y las alumnas anósmicos en lo que tiene que ver con el poder, a fin de someterles bajo la figura de una razón que se presenta ecuánime, soberana y bondadosa.

La importancia del tacto

El tacto no tiene reconocimiento en los espacios escolares. Los niños y las niñas deben permanecer quietos/as, atentos/as, con su mirada al frente, como si sólo fuesen significativos los gestos y vocalizaciones del maestro o la maestra. Grave falta es insistir en explorar corporalmente a los/as compañeros/as. El tacto, el más humano de los sentidos, el único que no está localizado ni focalizado en un sólo órgano pues se extiende por todo nuestro cuerpo, no tiene lugar asignado dentro de los esquemas pedagógicos.

Cuando por alguna razón el niño o la niña no logra integrarse a la dictadura audiovisual de la escuela, bien sea porque necesita del contacto táctil para mediar sus procesos de aprendizaje o porque recurre a exploraciones olfativas, cae sobre él/ella la censura, y se califica de discapacitado/a. Si no logra mantener el cuerpo quieto durante la hora de clase, con su mirada al frente y la atención disponible, la maquinaria educativa le rechaza. Grave error de las estrategias pedagógicas. Son estos sentidos excluidos los que nos dan el conocimiento más directo de las relaciones de interdependencia con los/as demás, pudiendo afirmarse, en el caso del tacto, que es indispensable incluso para el desarrollo del pensamiento operativo que nuestra cultura tanto se esfuerza en cultivar.

Al excluir el tacto y el olfato del proceso pedagógico, se niega la posibilidad de fomentar una intimidad y cercanía afectivas con el alumno o la alumna, para perpetuar una distancia corporal que afianza la posición de poder del maestro o la maestra, tornadas ahora verdad incontrastable. Dicho manejo del espacio niega de plano al alumno o la alumna la posibilidad de reconstruir la dinámica afectiva de los contenidos cognoscitivos que se le entregan, bien sea en el aula o a

través de los medios de comunicación, con lo que se mutila el saber y se perpetúa el autoritarismo.

La educación del tacto y el olfato es fundamental para afianzar el desarrollo de la sexualidad. En la vida íntima, son los sentidos más comprometidos. Podemos decir, incluso, que la posibilidad de establecer relaciones duraderas y gratificantes desde el punto de vista afectivo y sexual, reside en gran parte en la capacidad que tengamos de comprometer a fondo nuestras vivencias olfativas y táctiles.

Resistirnos a la posibilidad del contacto táctil es querer perpetuar una jerarquía del poder que alimenta de manera soterrada las grandes empresas burocráticas y militares de las que tanto sigue necesitando Occidente. Socavarla es repensar la estructura del espacio y la dinámica de aula; es abrirnos a nuestra singularidad y afianzarnos en una manera propia de percibir el mundo, para validar un nuevo campo de interacción de los signos con los cuerpos, dinamizados ahora por una topología de los gestos que busca provocar conocimientos al calor de roces tiernos y encuentros sugerentes.

La tarea del pedagogo y la pedagoga es formar sensibilidades, para lo que deben pasar de la razón teórica a la sensorial y contextual, cincelandos el cuerpo sin pretender atraparlo en la dureza del código o aplastarlo con la arrogancia profesoral que desconoce las potencialidades de la singularidad humana.

Sexualidad y sabiduría

Lo que diferencia la información -- transmitida de manera genérica en el aula o por los medios de comunicación -- de ese tipo de conocimiento que llamamos sabiduría, es que la primera permite el manejo de datos y cifras sin comprometer a fondo la emoción, mientras que la sabiduría es precisamente lo contrario, es decir, la combinación de la información con los afectos y vivencias.

Es posible encontrar una persona con mucha información pero sin sabiduría y, al contrario, podemos encontrar una persona con sabiduría que no maneje tanta información como la que se le exige a un periodista o a un técnico en el mundo contemporáneo. La sabiduría tiene además una estrecha relación con las situaciones de conflicto. Mientras la información nos presenta el mundo en blanco y negro, en positivo y negativo -- como lo exigen los lenguajes de las computadoras --, la sabiduría nos permite adentrarnos en el mundo ambiguo de las relaciones interpersonales.

El mundo interhumano está siempre cruzado de matices encontrados, de situaciones ambivalentes, de ejercicios de poder y estrategias de seducción. Pero, cuando más se necesita sabiduría es cuando se cruzan la sexualidad y el poder, situación bastante frecuente en la vida íntima y social. Pues lo que torna conflictiva la vida de pareja o la convivencia entre seres humanos es precisamente este cruce de las pasiones eróticas con las estrategias de dominio y poder.

El papel de la escuela debe estar más dirigido a la formación de la sabiduría que a la transmisión de información, pues la primera requiere de la interacción y la presencialidad, mientras la segunda bien puede pasar a través de los medios masivos de comunicación. Sin embargo, como la palabra «sabiduría» puede parecer inusual y arrogante, digamos que se trata de formar el «tacto» o el «olfato», palabras que en la vida cotidiana y coloquial significan lo mismo que «sabiduría».

Desde su matriz afectiva, «sabiduría» puede definirse como un acto supremo de ternura, caricia que se torna conocimiento, olfato que se orienta en el entorno, tacto que sabe palparse a sí mismo al momento de tocar. Compelidos a tomar nuestras decisiones, los seres humanos actuamos como sabuesos que huelen el ambiente para calcular sensiblemente sus desplazamientos. Frente a las grandes dificultades recurrimos al olfato y al tacto, los más íntimos de los sentidos, para orientarnos en medio del conflicto. «Esa persona tiene olfato», «aquel otro tiene tacto», decimos para calificar a quienes son capaces de moverse en medio de las turbulencias humanas y percibir en el contexto el desplazamiento correcto.

Pero ¿qué estamos haciendo para educar el olfato y el tacto? Nada, absolutamente nada. El tacto y el olfato son sentidos excluidos y menospreciados, a tal punto que se nos ha olvidado incluso que la espiritualidad es ante todo una experiencia tacto-olfativa.

Aprendiendo a oler

«Ruah», el término hebreo que quiere decir espíritu, se deriva de un verbo que significa «oler». En la Biblia antigua, hombre espiritual es aquel capaz de oler de manera muy precisa lo que sucede en el entorno: las furias, los temores, las urgencias afectivas, la pertinencia de los símbolos y la cercanía de las catástrofes.

De igual manera, el término «nephesh», que traducimos por «alma», significa de manera literal «garganta sedienta». La palabra designa a un ser siempre singular, ávido de vida, que se ensancha o encoge como una esponja según la afección que lo atribule, semejante a una garganta sedienta acosada por elementales necesidades nutricias. Es decir, un ser que sueña siempre con saciarse, pero que se revela incapaz para vivir completamente de sí mismo. Cuando Yahvé infunde «nephesh» al muñeco de arcilla, le está inculcando sed, urgencia, necesidad de los otros, anhelo insaciable de afecto y reconocimiento. Volcado siempre hacia afuera, el ser humano se muestra en alto grado vulnerable y completamente dependiente, pudiendo decirse de él que es el lugar de la voracidad afectiva.

El maestro y la maestra, como orientadores, deben estar en capacidad de oler en el entorno las claves necesarias para avanzar en la reconstrucción de las relaciones interhumanas, afianzando en el alumno y la alumna su singularidad y dotándoles de suficiente seguridad afectiva y capacidad crítica para poder interactuar con las demandas consumistas a que les somete la sociedad contemporánea. De esta manera estará ejerciendo, desde la intimidad, un contrapoder afectivo y valorativo que ayuda a los/as futuros/as ciudadanos/as a elegir correctamente.

Entendiendo la pertinencia tacto-olfativa del aprendizaje escolar y avanzando en la integración de la afectividad a las estrategias de conocimiento, estaremos sin duda contribuyendo a superar el gran analfabetismo político y afectivo del que alimenta el consumismo de masas, propendiendo por que esa urgencia insatisfecha de calor y reconocimiento que nos vuelve seres deseantes no termine contra nosotros/as bajo la figura trágica y demoledora de la compulsión y la violencia.

GLOSARIO

ambiente interpersonal

conjunto de símbolos, gestos, actitudes y valores que median nuestras relaciones sociales

analfabetismo afectivo

pérdida del lenguaje emocional por centrarnos demasiado en la información técnica y binaria

chantaje afectivo

acondicionamiento de la entrega de afecto al cumplimiento de una cierta pauta de eficiencia

cognición afectiva

conocimiento que incluye simultáneamente la conceptualización racional y la vivencia afectiva

dependencia afectiva

eje constitutivo del ecosistema humano que da cuenta de la necesidad que tenemos de cariño y reconocimiento

diálogo funcional

tipo de relación o comunicación centrada en objetos o exigencias de eficiencia

diálogo lúdico

tipo de relación o comunicación que da lugar al juego y al azar, propiciando el intercambio afectivo

ecología humana

aplicación de los principios de organización propios de los ecosistemas naturales a las relaciones interpersonales

estética social

perspectiva que aborda el estudio y modificación de los estados de sensibilidad colectiva

fuga

exploración lúdica e imaginaria, característica de la sexualidad infantil y la creatividad adulta

nicho afectivo

abrevadero emocional donde obtenemos calor, seguridad y reconocimiento

singularidad

carácter único e irreducible de cada ser vivo